

amplia bibliografía, indispensables para quienes quieran abordar el estudio de la cultura popular. Sólo nos queda recomendar la traducción al español de esta obra inteligente y polémica.

LILIANA WEINBERG

México.

ANTONIO CARREÑO, *El romancero lírico de Lope de Vega*. Gredos, Madrid, 1979; 301 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 285).

El autor ha iniciado la difícil y compleja tarea de estudiar el romancero nuevo a través de uno de sus máximos exponentes, el genial Lope de Vega, cuya personalidad se va desdoblando en sus versos amorosos, religiosos, humorísticos, heroicos... Para realizar esta empresa precisa unos deslindes previos (p. 10), y así se centrará en el Lope que vive en su lírica —faceta a la que la crítica ha prestado menos atención, con la casi excepción del elemento autobiográfico— y no en el de la ficción teatral; por tanto quedarán excluidos aquellos elementos líricos que forman parte de su teatro; sin embargo, por considerar que los que se contienen en *La Dorotea* forman parte de un todo unitario y detienen el tiempo dramático, éstos sí serán también objeto de estudio. Pero esto no basta; es preciso reconocer que el romancero nuevo tiene unos mecanismos internos que, en buena medida, deben su razón de ser al romancero viejo, y por eso, el capítulo primero corresponde a una breve, pero clara, historia del romancero.

Apoyándose en los grandes maestros retrocede a los orígenes, a las teorías, a los juicios valorativos para ir siguiendo paso a paso el camino trazado por el romancero; hacia 1580 ya se aprecia un cambio no sólo en los temas, sino también en su estructura rítmica y expresiva, en la que la música y la seguidilla jugarán un papel importante. Existe, pues, una amplia difusión por parte de jóvenes poetas, pero sobre todo por impresores y editores; el *Romancero general* de 1600 será un hito memorable. Esto sirve para situar en el tiempo y en el espacio el tema objeto de estudio. *El romancero lírico de Lope de Vega*, que abarca lo pastoril y lo morisco, lo filosófico y lo religioso, lo humorístico y lo paródico, y que, por encontrarse recogido en obras diversas, con frecuencia plantea problemas de autoría o de atribución; cabe descartar entonces elementos y autores afines como es el caso de Liñán de Riaza, Valdivieso, Ledesma, o incluso Góngora o Quevedo.

Y es necesario valerse, en muchos casos, de las mañas del bibliógrafo y de los métodos del riguroso historiador y crítico para poder llevar a cabo un trabajo serio y concienzudo. El presente quiso tener un poco de todo, y si algo lo justifica es el gran entusiasmo que mueve a este neófito en lanzaderas y pesquisas literarias; a sus prisas por tratar de deshilar un poco más la confusa madeja que entreteje esta área de la lírica del Siglo de Oro (p. 11).

Y ya estamos ante Lope y su obra. Antonio Carreño seguirá una línea metodológica y evolutiva, un estudio diacrónico autor-obra: dos ciclos iniciales que comprenden unos quince años y se corresponden con el Romancero

morisco y pastoril; dos ciclos finales, el Romancero espiritual y el filosófico que abarcan aproximadamente veinte años:

...recorrer una rica estructura lírica, romanceril, sobre un amante que se hizo moro y después pastor; que después se hizo penitente y después pescador; que cantó, en todas sus poses, la presencia (finalmente, la ausencia) de su dama (p. 268).

Esta división está basada, evidentemente, en los temas y motivos externos tratados, pero también en las constantes referencias biográficas que, aunque son en sí un hecho extraliterario, sirven para delimitar los campos de estudio; estas alusiones históricas y biográficas nunca suponen una cronología exacta, no indican que un romance se escribe a raíz de los hechos que narra, ni suponen un orden de escritura o publicación como parece desprenderse del tono de inmediatez de bastantes composiciones (pp. 72 y 119), puesto que este corpus es una autobiografía lírica —abarcaría toda una vida: desde 1581 hasta su muerte— y por eso mismo es ficticia.

El estudio de este romancero, en cada uno de sus ciclos, seguirá un camino casi similar: una revisión histórica del género (pp. 57 ss., 122 ss., 187 ss., 236 ss.) para poder así explicar el nacimiento y evolución de esos romances, establecer deslindes con relación a los temas y sus posibles conexiones con otros elementos; un análisis minucioso que comprende el punto de vista del significant y del significado, y no sólo en cuanto a características generales de los distintos grupos, sino también en cuanto a ciclos y romances concretos que sirven de paradigmas para ver los diferentes niveles de referencias, de variantes, prestando especial atención a las estructuras narrativas, a las diversas lecturas, a la compleja poética que está presente en este romancero. Por eso es importante detenerse en el análisis que A. Carreño hace o bien de un romance, considerado como un todo, como un universo expresivo (“Hortelano era Belardo / de las huertas de Valencia”, pp. 158 ss.; “A mis soledades voy, / de mis soledades vengo”, pp. 244 ss.), o bien de ciclos que se organizan en torno a un tema o motivo central (por ejemplo, los romances moriscos, o los de Belardo y Filis), porque no se queda en un mero nivel descriptivo o referencial, sino que llega a los estratos más profundos a través de un concienzudo trabajo (de ello da buena cuenta el abundante e interesante material en las notas a pie de página); nos muestra un Lope capaz de asimilar toda una tradición anterior para objetivar el propio sentir a través de un yo poético, ubicado en unas coordenadas imaginarias, correlato de sus situaciones amorosas, que a la vez es sujeto lírico y objeto exterior —“la máscara actuó en el juego como representación múltiple y simbólica” (p. 268)— que, por un proceso de interiorización primero y de introspección después, al final de su vida resume y contrapone un pasado feliz, roto por la trágica muerte de Amarilis, con un presente desgraciado, donde ya sólo tiene cabida la reflexión sobre la brevedad de la vida y el rechazo de las glorias mundanas.

Debido a los fines académicos que originaron este trabajo (p. 11), el autor establece sus conclusiones parciales después del estudio de cada uno de los apartados (pp. 116; 182 y 183; 232 y 233) y una conclusión final que recoge los planteamientos iniciales:

...se historió la trayectoria de un género (el Romancero nuevo) en sus últimas fases evolutivas. Y el documentar la evolución de este sistema poético y su

diacronía fue también el objetivo del presente estudio, ya que sus cambios y variaciones fueron al unísono con los de la 'persona' que se encarnó en sus fábulas; a la vez, con el impulso que germinó y llevó a la madurez la nueva modalidad romanceril (pp. 269-270).

En esta reseña sobre *El romancero lírico de Lope de Vega* cabe añadir que éste se complementa —además de las abundantes y sugeridoras notas, anteriormente aludidas— con una bibliografía selecta y amplia, los índices de los nombres propios y de los romances citados, que lo convierten en un libro valioso no sólo para el especialista, sino para aquél que quiera aproximarse a una parcela "casi desconocida" de Lope.

BEGOÑA BARRIO

I.B. "Calderón de la Barca" (Gijón).

FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA, *La pícara Justina*. Edición de Bruno M. Damiani. J. Porrúa Turanzas, Madrid, 1982; 498 pp. (Serie *Studia humanitatis*).

Con la experiencia adquirida en las ediciones de *La Lozana andaluza* (Castalia, Madrid, 1969) y de *La Celestina* (Cátedra, Madrid, 1974), Damiani ofrece ahora este tercer miembro —uno de los notables— de la celestinesca. Es un volumen de presentación excelente. Da gusto manejarlo, examinarlo. La impresión tipográfica es grata a los ojos; el papel, de buena calidad. El montaje de página sigue el diseño del modelo (la edición de 1605), con guiones marginales y espacios generosos. Hay que decir estas cosas, como desahogo, en una época de libro desgarrado, hecho con tacañería y para corto uso.

Acompañan al texto una "Introducción biográfica y crítica", una "Noticia bibliográfica", un "Registro de abreviaturas empleadas en las notas y en el glosario" (pp. 25-27), una "Nota previa" (pp. 28-29), en la cual se da aviso de la edición que se ha tomado por modelo y de los ajustes ortográficos que el editor ha estimado prudente introducir. Al final va un glosario de aproximadamente 700 entradas.

La "noticia bibliográfica" —lógicamente más actualizada que la de Palau y Dulcet— rastrea las ediciones de la *Pícara Justina* desde su aparición (1605), tanto en español como en traducciones al italiano, al alemán, al francés y al inglés. La bibliografía relativa a la obra hay que buscarla en las notas al pie de página —para el estudio preliminar y para el texto. Es bibliografía cuantiosa y está bien traída a cuento. Se ve que Damiani ha hecho su *homework*.

La "introducción biográfica y crítica" —toda con documentación nutrida— es, sobre todo, una toma de posición frente a dos cuestiones centrales: quién es el autor de *La pícara Justina* y qué se habrá propuesto el autor al escribirla. En cuanto al autor, Damiani se alinea con Cristóbal Pérez Pastor¹, con R. Foulché-Delbosc² y, desde luego, con Marcel Bataillon, quien en *Pícaros* y

¹ *La imprenta en Medina del Campo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1895, p. 478, col. b. Pérez Pastor copia dos documentos que acreditan la existencia de Francisco López de Úbeda, médico toledano. R. Foulché-Delbosc aprovecha tales documentos en su nota, según se cita enseguida.

² "L'auteur de *La pícara Justina*", *RHi*, 10 (1903), 236-241.